



MATILDE SALEM

**Fue madre y hermana de los pobres
15 de noviembre de 1904 - 27 de febrero de 1961**

"Como cada mañana, el padre Mani fue a darle la santa comunión, y a meditar con ella la pasión del Cristo. Ella pidió la unción de los enfermos. Participó con toda su alma en el sacramento: respondía a las oraciones, deseaba unirse con Dios. El lunes 27 de febrero la estaba velando al alba. Una luz blanca se filtró a través de las persianas. Las abrí, ella giró la cabeza hacia la luz y me dijo con alegría en la voz: "Está nevando", como si aquella nieve, extremadamente rara en aquel período del año, estuviese cargada para ella de una señal mandada desde el cielo: la luminosidad, la pureza, la llamada de Dios.

Nos pidió que recitásemos el Magnificat. A las 9:30 su corazón cesó de latir. Mons. Fatal levantó su mano derecha y dijo: "¡Vete con Dios, Matilde!".

Matilde Salem no había nacido santa, pero se había esforzado en serlo. Respondió a la llamada de Dios y subió a la montaña, apartándose poco a poco del mundo que había amado, sufriendo, rezando, cada día más cercana a Cristo.

Yo fui una testigo privilegiada de esta ascensión hacia la santidad. Tengo el deber de testimoniar. Heme aquí para dar mi testimonio".

Quien escribe estas líneas meditadas y amables es Ronald de Sahb, sobrina de Matilde Salem. Siguiendo el hilo de este afectuoso y sobrio testimonio, voy a trazar el retrato de Matilde Salem, sierva de Dios nacida en Siria, en Aleppo, en el 1904, y reunida con Dios en aquella misma ciudad el 27 de febrero de 1961, a los cincuenta y seis años.

A los dieciocho años se casa con un rico comerciante.

Estudió con las religiosas Armenias de la Inmaculada Concepción, y siempre conservo hacia ellas un afectuoso reconocimiento. Muchacha hermosa y desenvuelta era admirada como una flor. A los dieciocho años. En la fiesta de la Asunción de 1922, se casó con Jorge Elías Salem, hombre de negocio audaz. De treinta y cuatro años, y de una poderosa personalidad. Parecía que a Matilde se le abría una vida dorada, pero la suya no fue una continua luna de miel. Jorge la amaba, pero su personalidad poderosa, posesiva, autoritaria, exigió de parte de Matilde tesoros de ternura, bondad, diplomacia, para evitar contrastes y sinsabores.

Algunos años después del matrimonio se evidenció que no podrían tener niños. Jorge sufrió por ello profundamente durante toda su vida, Matilde aun más.

Poco después, Jorge se puso malo. La diabetes (triste herencia familiar) y la vida frenética llevada en su juventud, habían debilitado su organismo. Lo amenazaban crisis cardíacas cada vez más fuertes.

Matilde aceptó esta prueba sin una lágrima, sin una queja. Se convirtió en la más abnegada y competente de las enfermeras. No se separó más de Jorge. Lo acompañó en sus viajes a Europa y al Oriente. Asistía a las reuniones de negocios, y pronto se puso al corriente de

tal manera que la invitaba a tomar parte en las discusiones y contratos de su trabajo. La apreciaron y respetaron los dirigentes de las grandes empresas europeas.

En el interior de la familia tuvo una espina que trató de disimular con gran caridad. Elías Salem, padre de Jorge, viudo desde mucho antes, vivía con ellos. La edad lo hacía poco sensible a las dificultades de salud de su hijo, y con frecuencia las relaciones padre-hijo resultaban tensas. Matilde intervenía con tacto y diplomacia para restablecer la serenidad. A pesar de toda esta dedicación, y malhumorado por la enfermedad, Jorge llegó a dudar sobre el amor de Matilde. Esta sospecha la hería: ¿Cómo era posible?

Lloraba a escondidas, pero no dejaba traslucir nada al exterior.

La segunda guerra mundial de 1939-1945 multiplicó por diez el patrimonio de la familia, pero la salud de Jorge continuó disminuyendo. Fueron especialmente tormentosos los años 1942-1943.

Una fundación para hacer el bien.

Monseñor Isidro Fatal, nombrado en 1943 Metropolitano griego-católico de Aleppo, supo en poco tiempo ganarse la amistad de Jorge y de Matilde, con su humildad, su espíritu de pobreza, su espíritu de apostolado. Un día Jorge le confesó un sueño que él tenía: fundar en Aleppo una obra de caridad cristiana. Mons. Fatal, que había sido capellán de la Juventud Obrera Cristiana, le sugirió la fundación de una escuela profesional que formase a los futuros trabajadores cristianos. A Jorge le agradó la idea, y Matilde la defendió. La idea fue creciendo: una escuela profesional, una iglesia, casas para trabajadores, un hospital.

Comenzaron por adquirir amplios terrenos al norte de la ciudad. Esta nueva actividad, que abría una luz en medio de la tristeza amenazadora de la guerra, pareció que daba nueva vitalidad a Jorge. Fue una corta ilusión. En la mañana del 26 de octubre de 1944, en un instante, la muerte lo arrebató.

Matilde estaba inconsolable. Habían estado juntos durante veintidós años, y ahora le parecía imposible vivir sin su Jorge. Y sin embargo supo sobreponerse. En los días siguientes la madurez de espíritu, la dignidad, la valentía de esta joven viuda de cuarenta y dos años suscitaron la admiración de todos. El viejo Elías Salem, abatido por la muerte de su hijo, se preparó para dejar la casa. Matilde le suplico que se quedase: era el único que entre aquellas paredes le recordaba a su amado Jorge.

Jorge Salem había constituido una Fundación que debía llevar a cabo sus proyectos: la escuela profesional, la iglesia, las casas para los trabajadores, el hospital. Había legado a esta Fundación que llevaba su nombre, un tercio de sus bienes: el máximo permitido por la ley siria. Confiaba su presidencia a Matilde y a mons. Fatal.

Durante quince años, de 1949 a 1959, Matilde se dedicó totalmente a la "Fundación Jorge Salem". Sus amigos, acercándose con discreción, le sugirieron que no descartase la posibilidad de rehacer su vida: era hermosa, rica, aún joven, podría también coronar su sueño de ser madre. Ella lo pensó, rezó, luego se dirigió al Orfanato de la comunidad griega (adonde tantas veces se había dirigido ya para hacer el bien) y acarició las cabecitas que corrieron a su alrededor. "Estos serán mis hijos para siempre. Y también todos los que el Señor me haga encontrar en la vida".

Los salesianos y la escuela profesional.

Al concluir el "mandato francés" en Siria, en 1945, los Hermanos Maristas tuvieron que abandonar su hermoso colegio de Aleppo, que tenía 800 alumnos. A través del Arzobispo católico. Matilde empujó al consejo de la administración de la Fundación a comprarlo: sería la sede de la futura escuela profesional. Luego partió para Turín, y tratando directamente

con el director Mayor de los salesianos, don Pedro Ricaldone, pidió que los hijos de Don Bosco fuesen a dirigir la escuela.

Se abrió en 1948. Pero en aquel año se dio también la durísima guerra israelí-palestina que, además de los problemas políticos, llevó oleadas de prófugos también a Siria. Madres, niños, viejos, llegaban pobres y aterrorizados de la tierra en la que Jesús había predicado la paz y el amor. Matilde expuso completamente sus fuerzas y su ternura. Les abrió su casa, los escuchó, los alimentó, los consoló.

Entre los salesianos que trabajaban en la escuela, halló a su director espiritual, don Santiago Maggi. Guiada por él, se dejó llevar por el Señor por los caminos del bien y del sufrimiento. Hizo construir una casita cerca de la escuela salesiana y fue a vivir en ella. Cada mañana tomaba parte en la misa, recibía la comunión y permanecía por largo tiempo en oración de rodillas, también cuando todos se habían marchado. Rezaba y meditaba, recibía fuerzas de su Señor para vivir una nueva jornada de bien.

"Si me pongo a trazar el itinerario espiritual de Matilde Selam- escribe su sobrina- lo encuentro marcado por el encuentro con el "poverello" de Asís, con san Francisco de Sales y con Don Bosco. Del primero recogió el espíritu de pobreza y la entrega total y sin reserva a Dios; del segundo el amor al prójimo y la comprensión de la debilidad ajena; de Don Bosco el amor concreto a los jóvenes trabajadores".

María Santísima tuvo un lugar muy importante en su vida. Había colocado una hermosa estatua de la Virgen de Fátima en el lugar de honor a la entrada de su alcoba. Bajo sus ojos rezaba cada día el rosario y las oraciones de la tarde, rodeada de sus amigos y el personal de servicio de su casa. Y fue aquella Virgen amabilísima la que quiso que llevasen junto a su lecho en los días dolorosos de su enfermedad.

La primera hemorragia a los cincuenta y cuatro años.

En 1958 emprendió un crucero joven con su sobrina Loris. Fue un viaje sin demasiado confort a través de las naciones de Europa, que le devolvió una ráfaga de juventud, pero también mucho cansancio. Al final, en Austria, un joven médico, pariente suyo, la animó a hacerse un chequeo, una visita general de control médico preventivo. Ella lo aceptó, pero por delicadeza rechazó el examen ginecológico. Resultó que estaba muy sana. Sin embargo, había sido ya atacada por un mal profundo. Y su excesivo pudor había impedido descubrirlo en sus inicios.

El lunes de Pentecostés de 1959, mientras estaba en su jardín, tuvo una hemorragia. Se llamó a un ginecólogo. El diagnóstico fue drástico: tumor que hay que operar enseguida. Si era benigno o maligno lo diría el análisis histológico. Matilde, seria y tensa dijo: "Gracias, buen Dios".

Comenzaron los veinte meses más duros de su vida, en los que su humanidad fue puesta en el crisol del dolor, y separada toda la escoria, el amor de Dios brilló en todo su esplendor.

Se decidió que la operación quirúrgica se haría en París. Pero ahora se le propone que vaya a un hospital de los Estados Unidos. En aquel momento, lejos de su casa y vencida por la tristeza tuvo una crisis de llanto desesperado. "La reacción de mi tía- declara Roland que estaba a su lado- fue tan violenta como inesperada." Es el momento en el que la riqueza y todas sus seguridades muestran su extrema fragilidad, y uno se encuentra de tú a tú solo, ante el misterio de la muerte y de Dios. El sobrino añade enseguida: "Rezamos juntos el rosario, y poco a poco recobró su calma".

Quiso tener un sacerdote antes de encontrarse con los cirujanos. La operación le causó días de gran sufrimiento, que trató de soportar sin lágrimas. El análisis histológico fue infausto: tumor maligno. Era necesario someterse a radiaciones de cobalto para impedir la proliferación maligna.

Afortunadamente, este cuidado se podía recibir en su patria, y Matilde volvió con alivio a su casa. Volvió con alivio a su casa. Volvió lentamente a la vida activa, junto a la misa diaria en la iglesia de los salesianos y las largas conversaciones con su director espiritual don Maggi. Pero mientras sus obras sociales se van desarrollando, el mal reaparece a mitad de marzo de 1960. De nuevo vuelve a Francia, pero a la gruta de Lourdes, donde pide a la Virgen la gracia de la aceptación total de la voluntad de Dios, y ofrece su vida. Acepta por obediencia la voluntad de los médicos que le aconsejan internarse en el "Memorial Hospital" de Nueva York. Es el obispo griego-católico Maalouf quien le da esta obediencia, y ella (que lejos de casa se siente morir) acepta. Nuevas intervenciones quirúrgicas, nueva cobaltoterapia, tratamiento con sustancias químicas (una quimioterapia todavía incierta: era el año 1960). La vuelta a casa sólo es posible en septiembre. Y sin esperanzas. Matilde asiste a la entrada inicial del curso de los alegres escolares a su escuela: doscientos ochenta hijos de trabajadores van a recibir cultura y formación cristiana. Es el consuelo más grande para Matilde, que se siente madre de todos aquellos jóvenes.

Vuelven los dolores, se le hinchan las piernas. La señora Matilde que en París lloró de desesperación, ahora rechaza los calmantes para ofrecer un amor más sacrificado y puro a Dios. Mientras el doctor Chachaty por enésima vez le hace la extracción de sangre de sus venas ya cansada, casi grita: "Dios mío, ofrezco mi vida por la unidad de los cristianos, la santificación de los sacerdotes y la prosperidad de la Obra Jorge Salem".

Dios le sale al encuentro en el alba del 27 de febrero de 1961, entre la luminosidad y la pureza de los copos de nieve.